

¿“OVEJAS” O “ABEJAS”? A PROPÓSITO DE UN EMBLEMA EN LA
HISTORIA GENERAL DEL REINO DE CHILE, FLANDES INDIANO (1674),
DE DIEGO DE ROSALES¹

“OVEJAS” (SHEEP) OR “ABEJAS” (BEES)? REGARDING AN EMBLEM
IN THE *HISTORIA GENERAL DEL REINO DE CHILE, FLANDES INDIANO*
(1674), FROM DIEGO DE ROSALES.

Miguel Donoso Rodríguez
Universidad de los Andes (Chile)
mdonoso@uandes.cl

Es posible afirmar que el jesuita Diego de Rosales nació en Madrid en 1603. Desaparecidas ya las dos parroquias donde según Ferreira, su primer biógrafo, habría sido bautizado, así como los respectivos libros bautismales que nos permitirían comprobar tal aseveración, solo nos quedan los testimonios de su paso por la Universidad de Alcalá para acreditarlo. En efecto, cuando Rosales ingresa a estudiar en dicha universidad, en 1618, el documento de matrícula afirma que tenía 15 años (Hanisch *La formación* 122). Graduado de maestro en Artes a principios de 1622, en marzo de ese año Rosales ingresó al noviciado jesuita en Madrid. En mayo de 1628, tras reiteradas peticiones de convertirse en misionero en las Indias, fue autorizado por su orden para pasar a América, embarcándose en Cádiz con destino a Lima, adonde llegó en diciembre de ese mismo año. Ahí debió cursar solo sus dos primeros años de Teología, porque en septiembre de 1630 pasó a Chile, culminando sus estudios en el Colegio Máximo de San Miguel, en Santiago. Diego de Rosales asumió muy pronto el desafiante encargo de dirigir la misión jesuita en Arauco, situada en el punto neurálgico de la zona de guerra donde se enfrentaban españoles e indígenas. Durante

¹ El presente trabajo se enmarca en el proyecto CONICYT FONDECYT Regular N°1161277 (2016-2020), del cual soy investigador responsable. Este proyecto tiene como objetivo la edición íntegra y anotada de la crónica *Historia general del reino de Chile, Flandes Indiano* (1674), del jesuita Diego de Rosales. Participan como coinvestigadores los historiadores Rafael Gaune y Claudio Rolle, de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

las más de cuatro décadas que el religioso madrileño vivió en Chile no solo fue un esforzado misionero que recorrió de punta a cabo el sur del país varias veces, sino que conoció perfectamente la cultura indígena, llegó a hablar a la perfección su lengua, el mapudungun, y fue un gran amigo y defensor de ese mundo. Asimismo, conoció y experimentó de primera fuente la realidad del naciente reino de Chile y fue una autoridad muy consultada por los gobernantes. Hacia 1645 se decidió a acometer la titánica tarea de poner por escrito una completa historia de la conquista espiritual y temporal de Chile. Buscando información para su relato, Rosales no solo se entrevistó con viejos conquistadores y misioneros a los que tiró de la lengua, sino que también se hizo con las memorias y apuntes de otros; y, lo que resulta más valioso, al llegar en su historia a contar los sucesos del año 1630 en adelante, año en que él arribara a Chile, pasa a convertirse en protagonista absoluto de los hechos narrados, tal como declara expresamente: “Y si bien hasta aquí he escrito muchas cosas por noticias de papeles y relaciones, escogiendo siempre las verídicas y más ajustadas, en adelante escribiré lo que he visto y tocado con las manos» (Rosales 620r)². Es necesario destacar que Diego de Rosales aborda la historia de Chile comenzando por la descripción del territorio y de sus gentes, incluyendo las teorías sobre el origen de los pueblos americanos y el poblamiento del continente, y alcanza a historiar en su relato hasta 1653, año en que este queda interrumpido, a pesar de que en el texto quedan rastros de que estuvo trabajando en él hasta aproximadamente 1674. Su *Historia general del reino de Chile, Flandes Indiano* (1674), a la que el propio jesuita se refiere también como *Conquista temporal*, constituye un verdadero monumento cultural, y es un texto ineludible para conocer la historia de nuestro país en su primer siglo de vida bajo dominación española.

UN TEXTO DE ROSALES, DOS MANUSCRITOS

Hasta donde sabíamos, el extenso manuscrito de la conquista temporal de Chile, conocido como *Flandes Indiano*, estaba compuesto por los 996 folios (esto es, casi 2000 páginas), contenidos en las dos cajas que resguardan este tesoro en el Archivo Nacional de Chile. Un manuscrito, por cierto, que no solo proviene de la pluma del propio jesuita, sino que también presenta intermitentemente la mano de otros religiosos que colaboraron como amanuenses de Rosales, y a los cuales él debió dictar el texto. El manuscrito se presenta en papel de formato grande, procedente de diversos fabricantes europeos, con una medida de 31,5 x 21,5 cm, y mayoritariamente en cuadernillos sueltos sin encuadernar, con letra habitualmente pequeña y apretada y casi siempre

² Todas las citas del texto de Rosales corresponden a mi transcripción del manuscrito original resguardado en el Archivo Nacional de Chile, signatura Fondo Vicuña Mackenna 306 II y 306 III.

escritos a doble columna. El manuscrito se conserva íntegro, aunque bastantes folios presentan algún grado de destrucción que impide la lectura íntegra de ciertos pasajes. Fue restaurado en la década de 1990, deteniéndose así el proceso de deterioro del papel, causado por el paso del tiempo y por la humedad que sabemos que lo afectó en sus tres travesías del Atlántico, además de la destrucción puntual del papel en algunos lugares ocasionada por la acidez de la tinta empleada. Aunque el manuscrito se presenta como listo para ser publicado, no llegó a ver la luz en vida del religioso, por motivos en los que probablemente se entremezclan razones de índole disciplinaria al interior de la Compañía, así como de otros de orden político, que tendrían que ver con la oposición de la familia del gobernador Francisco de Acuña y Cabrera, última autoridad que comparece en su *Historia*³. Así, pues, hubo que esperar más de 200 años para verlo impreso: en efecto, a Benjamín Vicuña Mackenna debemos agradecer las intensas gestiones personales, incluso mandatado por el gobierno de Chile, para la ubicación y adquisición del manuscrito de la *Conquista temporal* al bibliógrafo valenciano Vicente Salvá, a comienzos de la década de 1870, y su posterior traslado a Chile, así como la publicación del mismo en tres volúmenes en 1877-1878. Sin embargo, su transcripción adolece de varios problemas: no solo deforma en varios aspectos la lengua del siglo XVII empleada por el jesuita, como es habitual en las ediciones del siglo XIX, sino que omite vocablos, sintagmas y a veces frases completas, e incluso un capítulo íntegro del manuscrito original, que fuera publicado por el historiador Adolfo Ibáñez Santamaría en 1981 (ver Ibáñez Santamaría). Este mismo historiador nos permite conectarnos con la primera edición íntegra del manuscrito, ya que él fue el primer ayudante que auxilió al historiador Mario Góngora en su proyecto de edición del manuscrito, que comenzara en la Editorial Jurídica en 1971, el cual, tras sucesivos abandonos e intermitencias (incluida la trágica muerte de Góngora en 1985), finalmente vio la luz, en forma póstuma, en dos volúmenes publicados por Editorial Andrés Bello en 1989. Aunque esta segunda edición del texto de Rosales presenta por primera vez el texto íntegro, la mayor parte de las deformaciones y errores de transcripción presentes en la edición príncipe de Vicuña Mackenna se repiten en ella, lo que explica este nuevo proyecto para editar el texto rosaliano. En cualquier caso, es interesante resaltar una novedad desconocida que presentan ambas ediciones, la de Vicuña Mackenna y la de Góngora. En efecto, por primera vez se habla en ellas, aunque de manera inexplicablemente breve y sucinta, de que existe un segundo manuscrito de la *Conquista temporal* de Rosales. ¿Cómo es esto? Al revisar materialmente la totalidad de los 996

³ Para un estudio detallado de la peregrinación del manuscrito antes de ver la imprenta ver Hanisch, *El manuscrito*. El proyecto para editar críticamente a Rosales, del cual soy investigador responsable, considera dedicar un completo apartado al estudio de las razones por las cuales el manuscrito nunca llegó a ver la luz en vida del jesuita.

folios resguardados en las dos cajas bajo la signatura Fondo Vicuña Mackenna 386 II y 386 III, respectivamente, se puede apreciar que las referidas cajas resguardan en realidad dos manuscritos distintos: un manuscrito al que llamaremos A, que es el que todos conocemos gracias a las ediciones de Vicuña Mackenna y Góngora, el cual comprende desde el folio 1 hasta el folio 844 de la paginación total del manuscrito contenido en las dos cajas; y al otro lo llamaremos manuscrito B, que comprende desde el folio 845 hasta el último folio contenido en las dos cajas, el folio 996. El manuscrito B, por tanto, comprende un total de 152 folios. Este segundo manuscrito presenta los hechos recogidos por el manuscrito A de manera mucho más sucinta y resumida, aunque desde un punto de vista temporal posee el atractivo de que alcanza a historiar hasta un tiempo levemente posterior al que alcanza el manuscrito A. Dado que la crítica hasta hoy no había reparado en la mención de ambos editores a este segundo manuscrito, uno de los objetivos del proyecto de edición del texto que comando es, en primer lugar, editarlo y publicarlo; intentar dilucidar quién lo escribió y, por último, determinar qué relación de dependencia existe entre ambos⁴. Veamos ahora qué ha pasado con la transcripción del manuscrito A.

ALGUNOS PROBLEMAS DE TRANSCRIPCIÓN DEL MANUSCRITO A

El proceso de transcripción del manuscrito A del *Flandes indiano*, cuyo original resguarda el Archivo Nacional de Chile, se extendió desde abril de 2016 hasta septiembre de 2018. Es decir dos años y medio de trabajo, con varios hitos destacables. En primer lugar, una transcripción demorosa, debido al grado de deterioro que presentan varias decenas de folios, el cual ha hecho necesario consignar dichas lagunas e intentarlas suplir conforme al contexto; en segundo lugar, la amplia variedad y cantidad de apostillas marginales que presenta el manuscrito (en promedio unas cinco por página, lo que arroja un total de alrededor de 8500 apostillas para el manuscrito A). De estas apostillas la mayor parte resume, como un ayuda memoria, los hechos relatados en el corpus central del texto, aunque otras tienen como objetivo indicar fuentes eruditas concretas utilizadas por el autor en el texto. Esta ingente cantidad de apostillas plantea un enorme desafío no solo para el editor, que tiene que hacerse cargo de la transcripción y en muchos casos de la reconstrucción de las mismas en los folios deteriorados,

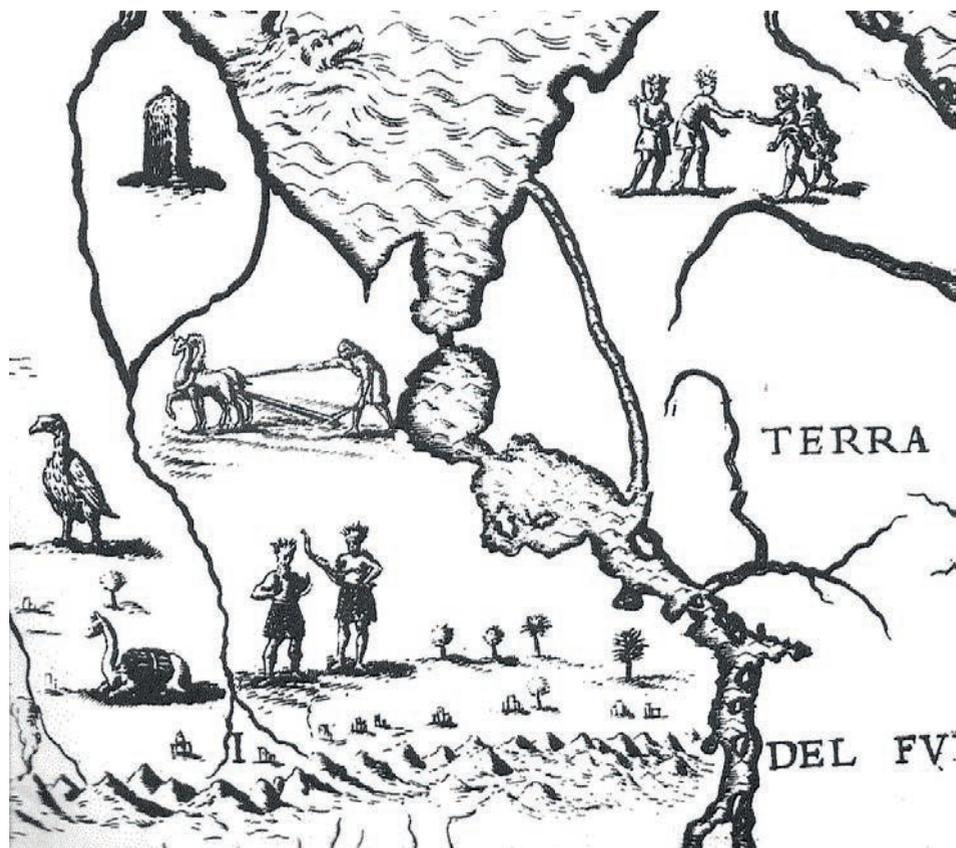
⁴ Téngase presente que el manuscrito B está absolutamente inédito. Para su transcripción he contado con la valiosa ayuda de Soledad Campaña, licenciada en Literatura de la Universidad de los Andes. Actualmente estoy en proceso de revisión del texto para su fijación y edición. Su publicación verá la luz en el segundo semestre de 2019, como volumen 4 de la Colección Letras del Reino de Chile, coeditada por Editorial Universitaria y el Instituto de Literatura de la Universidad de los Andes.

sino también para efectos de la publicación del texto, ya que habrá que considerar un diseño especial de página para incorporarlas en él como es debido: habrá que ajustar la caja de manera tal que las apostillas se destaquen lo suficiente, sin robarle demasiado espacio al cuerpo del texto.

En cuanto a los problemas más notables detectados en la transcripción del texto, solo voy a referirme a uno en detalle, exactamente el que anuncio en el título de este trabajo, y que me parece emblemático por sus implicaciones, sin perjuicio de que he podido registrar cientos de casos que verán la luz en el Estudio textual que estoy preparando. En el Libro segundo del manuscrito, que lleva por título “En que se trata de la naturaleza y calidades de las cosas elementales que en él se contienen”, Rosales se refiere a la historia natural de Chile, describiendo latamente el territorio de Chile, sus climas, vientos, montañas, ríos, puertos, volcanes, etc., y por supuesto poniendo especial atención a la descripción pormenorizada de los reinos vegetal y animal. A propósito de este último vamos a situarnos en el capítulo 24, cuyo epígrafe reza “De los animales domésticos y monteses propios destas provincias”. El autor describe en el párrafo seis del mismo a los carneros de la tierra o chilihueques, que no son otros que los auquénidos, conocidos como llamas y alpacas. Rosales apunta que se trata de animales escasos en Chile, y que parecen provenir de la región andina de Perú (hay que pensar que en la época Chile llegaba por el norte solo hasta Copiapó), donde son utilizados especialmente como animales de carga. Debido a su escasez en Chile los indígenas se aprovechan de ellos solo para la lana, y para usarlos como dote en sus matrimonios. A continuación Rosales procede, en el párrafo siete y siguiente, a confrontar la afirmación que recoge el almirante y corsario holandés Jorge Spilbergio (Joris van Spilbergen, 1568-1620) en su *Historia de la navegación austral de la armada holandesa*, de que “los indios de la Mocha aran la tierra con estos carneros” (Rosales 189v). Spilbergen había conocido el territorio de Chile cuando asoló las costas del Pacífico americano en 1615. El problema de dicha afirmación está, según Rosales, en que

siguiendo esta relación un moderno estampó en sus tablas geográficas dos chiligüeqes o carneros de la tierra tirando un arado. Así los imprimió el padre Alonso de Ovalle en su mapa, rigiéndose por lo que vio escrito en los extranjeros, que en esto erraron y le hicieron errar, como acontece a muchos por creerse de personas que no han visto las cosas sino oídoas de relación (189v).

El “moderno [que] estampó en sus tablas geográficas dos chiligüeqes o carneros de la tierra tirando un arado” no es otro que su compañero de orden Alonso de Ovalle, tal como indica el propio Rosales. En su famosa *Histórica relación del reino de Chile* (1646), Ovalle incluye como uno de sus Apéndices una “Tabula Geographica Regni Chile”, de la cual presento aquí el fragmento que nos interesa:



Alonso de Ovalle, *Histórica relación del reino de Chile* (1646), detalle de la “Tabula Geographica Regni Chile”.

En la imagen que acompaño se puede apreciar a una pareja de auquénidos enganchados a un arado, la cual es conducida por un indígena campesino. Según Rosales,

aunque no fuera repugnante a sus fuerzas [las de los carneros de la tierra], y pudiera ser que si los impusiesen en eso arasen también, como otros animales, pero es cierto que en ninguna parte de este reino de Chile los han enseñado a arar ni los han ocupado en ese ejercicio; que yo le he andado todo y ni lo he visto ni oído decir que aren con carneros de la tierra, ni aquellos isleños usan de arado, sino de las lumas para cavar la tierra. Y en algunas provincias que labran los indios la tierra con arado es con bueyes, toros y vacas, y esto lo aprendieron de los españoles; que antes no tuvieron arados, ni hoy tienen propio nombre de este instrumento con que significar el arado (189v).

Dicho lo anterior, el padre Rosales apunta que no le resulta extraño que animales más pequeños que estos puedan arrastrar un arado:

No me admiraré de esta pintura, pues de menores animales han fingido semejante empresa. Gobernando en estos tiempos la Iglesia Católica el sumo pontífice Urbano VIII, se halló en Roma una piedra preciosa en que estaban grabadas, de hechura antigua de romanos, dos *abejas* que, uncidas a un yugo, tiraban un arado con que surcaban la tierra, en lo cual se meditó misterio, porque eran tres *abejas* las armas del apellido gentilicio del pontífice, llamado, antes de su asunción al pontificado, Maffeo Barberino, natural de Florencia (189v; las cursivas son mías).

Llegado a este punto, el lector necesariamente se preguntará dónde está el problema ecdótico prometido en este apartado del trabajo. En el manuscrito, por cierto, no lo hay, aunque sí nos pueda llamar la atención el que Rosales hable de un grabado en que figuran unas abejas tirando de un arado. El caso es que, llevado del sentido común, al cual sin duda repugna el que dos tan pequeños insectos puedan ser capaces de realizar tal proeza de fuerza, Benjamín Vicuña Mackenna, cuando transcribe por primera vez el manuscrito, pone en este pasaje, al frente del arado, a un par de *ovejas* en vez de las *abejas* consignadas por Rosales en el manuscrito:

Gobernando en esos tiempos la Iglesia católica el Sumo Pontífice Urbano VIII, se halló en Roma una piedra preciosa en que estaban grabadas de hechura antigua de romanos dos *ovejas* que uncidas a un yugo tiraban un arado con que surcaban la tierra, en lo cual se meditó misterio, porque eran tres *ovejas* las armas del apellido gentilicio del Pontífice (Rosales, ed. Vicuña Mackenna, I: 325a. Las cursivas son mías).

La edición de Mario Góngora, fechada en 1989, insistirá en la misma afirmación, justo ciento diez años después de la edición de Vicuña Mackenna, transcribiendo nuevamente *ovejas* en vez de *abejas* para los animales que tiran del arado (ver Rosales, ed. Góngora I: 292). Incluso, cabría agregar que la apostilla marginal que recoge la edición de Góngora dice literalmente: “Ouejas arando”. Nos preguntamos, entonces, siguiendo la lectura de ambos editores: ¿Es que Rosales comete un error? Cuando el jesuita no se extraña de que un animal mucho más pequeño que una llama o alpaca pueda tirar de un arado, ¿estaba pensando realmente en un animal como la *oveja*, y no en la *abeja*? La respuesta a tal pregunta la proporciona no solo el cuerpo principal del manuscrito, que inequívocamente lee *avejas* en ambos casos, sino también la apostilla marginal que incorpora el propio Rosales, apostilla que lamentablemente omite Vicuña Mackenna y que Góngora solo incluye en forma parcial, y además mal transcrita. En efecto, Diego de Rosales, al citar en concreto la fuente del grabado en el

cual figura una yunta de abejas tirando de un arado, escribe en la apostilla incluida en el manuscrito: “Auejas arando. *Empresas políticas* de Diego Saavedra Faxardo, empresa 24” (159v). Es en parte gracias a la apostilla de Rosales que podemos resolver este entuerto, porque efectivamente la imagen de las dos abejas tirando del arado está tomada de la emblemática. Es bien conocida la afición que generaron en el humanismo renacentista los emblemas, jeroglíficos, enigmas, empresas, pegmas, etc., afición que se mantuvo e incluso aumentó a lo largo del siglo XVII, época de la cual me ocupo en este trabajo⁵. De hecho, no es casualidad que esta afición tan acendrada entre los escritores españoles de los Siglos de Oro haya corrido parejas con el conceptismo característico del Barroco. Además, y como ocurre especialmente con los emblemas, todas estas imágenes no solo dan cuenta de dicha afición, sino que resultan muy provechosas desde un punto de vista didáctico y moralizador, ya que la imagen, con su lema y explicación que la acompañan, permite aprehender y entender mejor, a través de la vista, los misterios propios de la fe cristiana. La fuente exacta de Rosales es la Empresa 42 (indicada erróneamente como 24 en la apostilla) de las *Empresas políticas* (Milán, 1642) de Diego de Saavedra Fajardo, que lleva por lema *Omne tulit punctum* y tiene su origen en el *Ars poetica* de Horacio. Veamos una reproducción del referido emblema:



Emblema 42 de Diego de Saavedra Fajardo, *Empresas políticas* (Milán, 1642).

⁵ Para cuestiones generales de emblemática ver los trabajos de Ledda; Praz; Campa; Egido y Maravall. Son también básicos los conocidos libros de Sebastián; Gállego y Rodríguez de la Flor.

En su comentario al emblema, Saavedra Fajardo asocia justamente el origen del emblema al papa Urbano VIII, cuyo nombre civil, como bien menciona Rosales, era Maffeo Barberini (1568-1644), quien fuera elegido pontífice en 1623, y en cuyo escudo de familia figuran tres abejas tirando de un arado, el cual podemos apreciar en la siguiente imagen que proviene de la arquitectura religiosa del Vaticano:



Gian Lorenzo Bernini, *Escudo del papa Urbano VIII*. Bronce sobredorado. Relieve del baldaquino del altar mayor de la Basílica de San Pedro, en el Vaticano.

Así lo explica el propio Saavedra Fajardo en su emblema 42:

A la benignidad del presente pontífice Urbano VIII debo el cuerpo desta empresa, habiéndose dignado Su Beatitud de mostrarme en una piedra preciosa, esculpida desde el tiempo de los romanos, dos abejas que tiraban de un arado, hallada en esta edad, presagio de la exaltación de su noble y antigua familia, uncidas al yugo triunfante de la Iglesia las insignias de sus armas (*Empresas políticas* 270)⁶.

⁶ También registran el emblema Bernat y Cull, núm. 3.

Sin duda Benjamín Vicuña Mackenna y Mario Góngora cometen un desafortunado error de transcripción. O quizá es que se dejaron llevar, si es que leyeron bien el manuscrito, por lo que consideraron un mínimo de sentido común, pretendiendo enmendar la grafía del original de Rosales e influyendo con toda probabilidad el editor decimonónico en el historiador del siglo XX. El problema es que este error arruina completamente el sentido de todo el párrafo escrito por el jesuita a propósito de la llama o carnero de la tierra, ya que cuando él estaba pensando en un animal pequeño que tirara de un arado, lo que tenía en mente era un animal verdaderamente pequeño: la abeja. Se trata de una referencia erudita y está fundada en la emblemática, como hemos podido comprobar.

CONCLUSIÓN

Los desafíos que plantea la transcripción, edición y anotación de la *Historia general del reino de Chile, Flandes Indiano*, del jesuita Diego de Rosales, son enormes. A la extensión total del manuscrito por todos conocido se suma el que este comprende en realidad dos manuscritos distintos: uno más extenso, el manuscrito A, y otro mucho más breve, el manuscrito B, que es una versión abreviada del primero. Asimismo, las apostillas marginales, que proliferan en el manuscrito A, plantean también varios desafíos a la hora de transcribirlas, al mismo tiempo que prestan una valiosa ayuda a la hora de editar e interpretar el texto principal. Por otra parte, Rosales se vale de una ingente cantidad de fuentes que incorpora en el texto, muchas de ellas especificadas en las apostillas, dando cuenta de una vasta erudición. El caso concreto que hemos revisado en este trabajo, la mención de una yunta de abejas arrastrando un arado, cuya fuente pertenece a la emblemática, es un buen ejemplo de los alcances que tiene en la obra de Rosales todo este vasto material erudito, y de la indudable importancia que tiene una rigurosa transcripción del texto para su adecuada intelección e interpretación.

BIBLIOGRAFÍA

- Bernat Vistarini, Antonio y Joseph T. Cull. *Enciclopedia de emblemas españoles ilustrados*. Madrid: AKAL, 1999.
- Campa, Pedro F. *Emblemata Hispanica*. Durham: Duke University Press, 1990.
- Egido, Aurora. "Emblemática y literatura en el Siglo de Oro". *Ephialte* 2 (1990): 144-158.
- Gállego, Julián. *Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro*. Madrid: Cátedra, 1991.
- Hanisch, Walter. "El manuscrito de la *Historia general de Chile* del P. Diego de Rosales y su larga peregrinación". *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas / Anuario de Historia de América Latina* 22 (1985): 69-97.

- . “La formación del historiador Diego de Rosales”. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* 94 (1983): 115-144.
- Ibáñez Santa María, Adolfo. “Un capítulo inédito de la *Historia general del reino de Chile*, del padre Diego de Rosales, S.J. Introducción y transcripción de Adolfo Ibáñez Santa María”. *Historia* 16 (1981): 367-381.
- Ledda, Gavino. *Contributo allo studio della letteratura emblematica in Spagna, 1549-1613*. Pisa: Giardini, 1970.
- Maravall, José Antonio. “La literatura de emblemas en el contexto de la sociedad barroca”. *Teatro y literatura en la sociedad barroca*. Barcelona: Crítica, 1990. 92-118.
- Praz, Mario. *Imágenes del Barroco*. Madrid: Ediciones Siruela, 1989.
- Rodríguez de la Flor, Fernando. *Emblemas. Lecturas de la imagen simbólica*. Madrid: Alianza, 1995.
- Rosales, Diego de. *Historia general del Reino de Chile, Flandes Indiano*. Manuscrito conservado en el Archivo Nacional de Chile. Fondo Vicuña Mackenna: 306 II y 306 III.
- . Ed. Benjamín Vicuña Mackenna. Valparaíso: Imprenta El Mercurio, 1877-1878. 3 vols.
- . Ed. Mario Góngora. Santiago: Andrés Bello, 1989. 2 vols.
- Saavedra Fajardo, Diego de. *Empresas políticas*. Edición, introducción y notas de Francisco Javier Díez de Revenga. Barcelona: Planeta, 1988.
- Sebastián, Santiago. *Contrarreforma y Barroco*. Madrid: Alianza, 1981.